



OBRAS
COMPLETAS

DE

VICTOR HUGO





PQ2285
.M5
S6



1020026592

M. J. K. K.
80.00
16 vols.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

MARIÓN DE LORME

VÍCTOR HUGO

Marión de Lorme



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

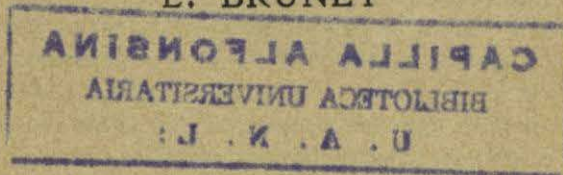
TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

DE

EDUARDO MARQUINA

ILUSTRACIONES DE

L. BRUNET



BARCELONA

F. SEIX - EDITOR

099335

30356

833
H.

PQ 2285
.H5
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*
ES PROPIEDAD DEL EDITOR
*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipolit. Seix, S. Agustín, 1 & 7, Barcelona (Gracia).—Teléfono 3.541



Esta obra, estrenada diez y ocho meses después de *Hernani*, fué escrita tres meses antes. Las dos fueron compuestas en 1829, *MARIÓN DE LORME* en junio y *Hernani* en septiembre. Con mínimas alteraciones de detalle, que en nada modifican ni el alcance fundamental de la obra, ni la naturaleza de los caracteres, ni el valor de las pasiones, ni la marcha de los acontecimientos, ni siquiera la distribución de las escenas ó la invención de los episodios, el autor da su obra al público, en agosto de 1831, tal como la escribió en junio de 1829. Ningún arreglo esencial, ninguna mutilación, ninguna soldadura para disimular cortes en el cuerpo del drama y ninguna manipulación se le hacen necesarias, aparte de los pequeños trabajos de ajuste que exigen siempre las experiencias del ensayo. El autor se limita, pues, á esto; es decir, á limar los bordes salientes de la obra para que quede justa en el marco de la escena.

Por consiguiente, este drama estuvo dos años alejado del teatro. El público conoce los motivos que forzaron al autor á mantener esta suspensión, desde julio de 1823

hasta julio de 1830. Hujo (y tal vez el autor narre algún día esta historieta semipolítica, semiliteraria) el *veto* de la censura, prohibición sucesiva de dos ministerios, Martignac y Polignac, y voluntad formal del rey Carlos X. Y notad que el autor acaba de pronunciar aquí la palabra *censura* sin epíteto alguno, porque, habiéndola combatido públicamente y por largo tiempo mientras reinaba, puede creerse con derecho á no insultarla ahora que la ve en el rango de las potencias caídas. Si con el tiempo se tratara de restablecerla, volveríamos á hablar.

En su segundo año, de 1830 á 1831, la suspensión de MARIÓN DE LORME fué voluntaria. El autor se abstuvo. Y habiéndole escrito por entonces algunas personas que no tenía el honor de conocer, para preguntarle si todavía existían obstáculos que se opusieran á la representación de su obra, el autor, además de las gracias por haberse querido interesar en cosa de tan poca monta, les debe una explicación. Hela aquí:

Después de la admirable revolución de 1830, bebió el teatro su libertad en la libertad general, y las obras que la censura de la restauración había enterrado vivas, *rompieron con el cráneo*, como dice Job, *la piedra de su tumba*, y se desparramaron en multitud y estrepitosamente sobre los teatros de París, donde el público vino á aplaudirlas, todavía jadeantes de cólera y de gozo. Era justo. Este desbordamiento duró varias semanas con gran satisfacción de todos. La Comedia Francesa pensó en MARIÓN DE LORME. Algunas personas influyentes en ese teatro visitaron al autor. Fueron á rogarle que permitiera representar su obra, relevada, como las demás, de toda censura. En aquel momento de maldición contra Carlos X—el cuarto acto prohibido por Carlos X—, les parecía de un seguro éxito político. El autor debe decirlo aquí francamente, como lo dijo entonces en la intimidad á aquellas personas amigas, y principalmente á la gran actriz que acababa de coronar de gloria el papel de doña Sol: precisamente esta razón, la probabilidad de un éxito político, le determinó á conservar, todavía por algún tiempo, su obra en cartera. Creyó que esto era lo que debía hacer.

Aunque había formado, desde hacía muchos años, en las filas, sino más ilustres por lo menos más laboriosas de la oposición; aunque estaba entregado, desde su mayor edad, á todas las ideas de progreso, de mejora y de libertad, y aunque tenía dadas pruebas de ello (la misma MARIÓN DE LORME), recordó que, arrojado á los diez y seis años al campo literario por pasiones políticas, sus primeras opiniones, es decir, sus primeras ilusiones, habían sido realistas y *vendeanas*; recordó que había escrito una *Oda de lo sacro*. Es verdad que entonces Carlos X, rey popular, decía entre las aclamaciones de todos: ¡Basta de censura! ¡Basta de alabardas! Y no quiso que un día se le pudiera reprochar ese pasado; pasado de error sin duda, pero también de convicción, de conciencia, de desinterés, como espera que ha de ser toda su vida. El autor comprendió que un éxito político á propósito de Carlos X caído, estaba permitido á cualquiera menos á él; que no le convenía ser una de las bocas por donde se escapara la cólera popular; que, en el tumulto embriagador de la revolución de julio, su voz podía mezclarse con las que aplaudían al pueblo, no con las que maldecían al rey. Cumplió con su deber, hizo lo que todo hombre de corazón habría hecho en su lugar. Negóse á autorizar la representación de su obra. Por lo demás, el éxito del escándalo buscado y de las alusiones políticas no le apetecía; lo confiesa. Estos éxitos valen poco y duran poco. En su buena fe de artista había querido pintar á Luis XIII y no á tal ó cual de sus descendientes. Además, precisamente cuando no existe la censura es cuando los autores deben censurarse á sí mismos honrada, concienzuda y severamente. De este modo queda en buen lugar la dignidad del arte. Cuando se tiene toda libertad, conviene más que nunca guardar toda medida.

Hoy, cuando trescientos sesenta y cinco días, es decir, dados los tiempos en que vivimos, trescientos sesenta y cinco acontecimientos, nos separan del rey caído; hoy, cuando la ola de las indignaciones populares ha dejado de estrellarse contra los últimos años ruinosos de la restauración; hoy, cuando Carlos X está más olvidado que Luis XIII, el autor ha dado su obra al público y el público

la ha recibido como el autor se la daba, ingenuamente, sin prejuicio, como cosa de arte, buena ó mala, pero nada más.

El autor se felicita de ello y felicita al público. Es algo, es mucho, es todo, artísticamente hablando, lograr que en este momento de preocupaciones políticas, un asunto literario se tome y se juzgue literariamente.

Para no hablar más de esta obra, hará observar el autor que, reinando los Borbones, habría sido absoluta y perpetuamente excluida de la escena. Sin la revolución de julio, nunca se hubiera representado. Si esta obra tuviera más alto valor, podría someterse semejante observación á las personas que afirman que la revolución de julio ha sido perjudicial para el arte. Muy fácil sería demostrar que esta gran sacudida de liberación y de emancipación no le ha sido perjudicial al arte, sino útil; que no le ha sido útil, sino necesaria. Y, en efecto, en los últimos años de la restauración, el espíritu nuevo del siglo XIX lo había calado, reformado y regenerado todo, historia, poesía, filosofía; todo, menos el teatro. El fenómeno tenía una explicación sencilla. La censura amurallaba el teatro. No había medio de interpretar ingenuamente, ampliamente y lealmente sobre la escena, con la imparcialidad, pero también con la severidad del artista, un rey, un sacerdote, un señor, la Edad media, la historia, el pasado. Allí estaba la censura, indulgente para las obras de convención y de escuela, que todo lo disimulan y, por consiguiente, que todo lo disfrazan; pero implacable para el arte verdadero, concienzudo y sincero. Apenas si hubo algunas excepciones; apenas si tres ó cuatro obras, verdaderamente históricas y dramáticas, pudieron llegar hasta la escena en los raros momentos en que la policía, por tener otras ocupaciones, dejaba la puerta entreabierta. Por este modo la censura mantenía el arte en derrota delante del teatro. Vidocq bloqueaba á Corneille. Ahora bien: la censura formaba parte integrante de la restauración. No podía desaparecer la una sin la otra. Era necesario, por consiguiente, que la revolución social se completara, para que la revolución del arte pudiera terminarse.

Con el tiempo, julio de 1830 será una fecha igual en los anales literarios y en los políticos.

Ahora el arte es libre. De él sólo depende el ser digno.

Añadámoslo para terminar. El público, como no podía menos de suceder, nunca ha sido mejor, ni más clarividente, ni más grave que en estos momentos. Las revoluciones tienen esto de bueno: que rápidamente dan madurez á los espíritus. En tiempos como el nuestro, le bastan dos años al instinto de las masas para convertirse en gusto. Los epítetos, semilleros de discusiones, *clásico* y *romántico*, han caído en el abismo de 1830, como *gluckista* y *piccinista* cayeron en la sima de 1789. Sólo el arte ha quedado. Para el artista que estudia al público—y es necesario estudiarle sin cesar—es consolador sentir como se desenvuelve cada día, en el fondo de las masas, un convencimiento serio y creciente de lo que conviene á nuestro siglo, en literatura no menos que en política. Es un hermoso espectáculo ver á este público, agobiado por tantos intereses materiales que le oprimen y le atenacean sin descanso, acudir en muchedumbre á las primeras transformaciones del arte que se renueva, aun cuando sean tan incompletas y defectuosas como la presente. Se le ve atento, simpático, lleno de buena voluntad, ya se le haga en una escena de historia la lección del pasado, ó ya se le trace en un drama de pasión la historia de todos los tiempos. En nuestra opinión, nunca el momento ha sido más propicio al drama. Esta sería la hora para aquel á quien Dios hubiera dotado de genio, de crear todo un teatro, un teatro vasto y simple, uno y vario, nacional por la historia, popular por la verdad; humano, natural, universal por la pasión. ¡Poetas dramáticos, á la obra! Vuestro destino es bello y alto. Os las habéis con un pueblo acostumbrado á las cosas grandes. Las ha visto y las ha hecho.

De los siglos anteriores al nuestro, el paso ha sido gigantesco. El teatro puede ahora agitar á las multitudes y removerlas en sus íntimas raíces. En otros tiempos el pueblo no era más que un vasto muro, sobre el que el arte se limitaba á pintar un fresco.

Hay quien dice que la poesía ha muerto y que el arte

es imposible. ¿Por qué? Todo es posible en momentos dados, y nunca fué posible mayor número de cosas que al presente. Todo puede esperarse de esas nuevas generaciones, á las que llama un porvenir magnífico, vivifica un pensamiento noble y sostiene una fe legítima en sí mismas. El autor de este drama, que está orgulloso de pertenecerles, que tiene á gloria el haber oído alguna vez su nombre en boca de ellas, aunque sea el último de la falange, lo espera todo de sus jóvenes contemporáneos, todo, hasta un gran poeta. Que este genio, todavía escondido, si por ventura existe, no se deje abatir por los que hablan de la aridez, de la sequedad y del prosaísmo de nuestros tiempos. ¿Una época demasiado avanzada? ¿Imposible el genio primitivo y natural? ¡Déjales hablar, muchacho! Si alguien hubiera dicho á fines del siglo xviii, después del Regente, después de Voltaire, después de Beaumarchais, después de Luis XV, después de Cagliostro y después de Marat, que los Carlomagnos—los Carlomagnos grandiosos, poéticos y casi legendarios—eran todavía posibles, todos los escépticos de entonces, es decir, la sociedad entera, se habría encogido de espaldas para reír. Pues bien: en los comienzos del siglo xix tuvimos el Imperio y el emperador. ¿Por qué no había de surgir ahora el poeta que fuera á Shakespeare lo que Napoleón fué á Carlomagno?

Agosto, 1831.

REAPARICIÓN

DE

MARIÓN DE LORME

EN EL TEATRO FRANCÉS

1873

La primera aparición de MARIÓN DE LORME en el teatro data de 1831. Cuarenta y dos años separan esta primera representación de la actual. El autor era entonces joven, hoy es viejo; estaba presente, hoy ausente; tenía entonces delante de él la esperanza y hoy tiene detrás la vida.

Su ausencia en este momento puede parecer voluntaria y no lo es. Los hombres, á quienes sirven de advertencia sus cabellos blancos y delante de los cuales el tiempo se abrevia, tienen necesidad de terminar ciertas obras, especie de testamento de su espíritu. Súbitamente pueden verse interrumpidos por el brusco advenimiento del fin; no tienen tiempo que perder, y de aquí una necesidad severa de ausencia y de soledad. El hombre tiene obligaciones para con su propio pensamiento. Por lo demás, todos los viajes necesitan sus preparativos; la entrada en lo desconocido nos aguarda á todos, y soledad y ausencia son como una especie de crepúsculo que prepara el alma á esta enorme sombra y á esta intensa luz.

El autor siente la necesidad de explicar su alejamiento á los que tienen la bondad de interesarse por él. Nada le entristecería tanto como parecer ingrato. Desde su soledad se une con toda su alma á la multitud que ama y sa-

luda el hermoso talento de MM. Got, Delaunay, Maubant, Bressant y Febyre, cohorte gloriosa que viene á completar el joven y brillante renombre de M. Maunet-Sully; envía todas sus simpatías al glorioso Teatro Francés viejo, y rejuvenecido, sin embargo, gracias á la hábil iniciativa de M. Emilio Perrín; y cumple con un deber de conciencia ofreciendo su triple agradecimiento á Mlle. Favart, que fué con tanto poder y gracia doña Sol antes de ser *Marión*, y que hace dos años, brava y encantadora entre las tinieblas sublimes del París sitiado, hacía repetir á todos los labios esta palabra, que es su nombre, *Stella*.

V. H.

Hauteville-House, 1.º de febrero de 1873.

MARIÓN DE LORME

PERSONAJES

MARIÓN DE LORME

DIDIER

LUIS XIII

EL MARQUÉS DE SAVERNY

EL MARQUÉS DE NANGIS

L'ANGELY

SEÑOR DE LAFFEMAS

SEÑOR DE BELLAGUARDA

EL MARQUÉS DE BRICHANTEAU

EL CONDE DE GASSÉ

EL VIZCONDE DE BOUCHAVANNES

EL CABALLERO DE ROCHEBARON

EL CONDE DE VILLAC

EL CABALLERO DE MONTPELAT

EL ABATE DE GONDI

EL CONDE DE CHARNACÉ

ESCARAMUZA

GRACIOSO

FIERABRÁS

} Comediantes

} de provincia.

UN CONSEJERO DE LA GRAN CÁMARA

UN PREGONERO

UN CAPITÁN DE LA VILLA DE BLOIS

UN CARCELERO

UN ESCRIBANO

EL VERDUGO

OBRERO 1.º

• 2.º

• 3.º

UN CRIADO

SEÑORA ROSA

Comediantes de provincia, guardas, pueblo, gentilhombres.
pajes.

1863

ACTO PRIMERO

LA CITA